

Las Malvinas, el Gaucho Rivero y la construcción de un mito nacional (1956 – 2012)
The Malvinas Islands, the Gaucho Rivero, and the Creation of a National Mythology (1956-2021)

Federico Lorenz ¹(CONICET –
Instituto de Historia Argentina y Americana
“Dr. Emilio Ravignani” – FFyL /UBA)²

Resumen

La figura del gaucho Antonio Rivero, protagonista de sangrientos sucesos durante la ocupación británica de las Islas Malvinas en el siglo XIX, ingresó a los relatos nacionales argentinos sobre el archipiélago y su historia a mediados del siglo XX, de manera relativamente tardía pero muy intensa debido al contexto en el cual la recuperación de su figura se produjo. Este trabajo historizará la incorporación de la figura de Rivero al repertorio patriótico relativo a las Malvinas. Analizará algunos vehículos de memoria que la instalaron (libros, cantatas, iniciativas conmemorativas) así como su apropiación por parte de algunas fuerzas políticas a mediados de la década de 1960, en particular en ocasión del secuestro de un avión de pasajeros y su aterrizaje en Malvinas en 1966 (la Operación Cóndor de 1966). El peso simbólico de Rivero suscitó un importante debate público en torno a su figura a partir de un dictamen de la Academia Nacional de la Historia, cuyas repercusiones serán puestas en el contexto de revisión histórico-política del pasado en las décadas de 1960 y 1970. Por último, analizará la recuperación simbólica durante las presidencias de Cristina Fernández de Kirchner, para iluminar desde un ángulo particular tanto la práctica histórica en general como la presencia de Malvinas en los debates históricos sobre el pasado reciente.

Palabras clave: Malvinas, Argentina, nacionalismo, historiografía, historia pública.

Abstract

The figure of the gaucho Antonio Rivero, key actor of bloody events during the British occupation of the Malvinas Islands in the XIXth century, entered Argentine national narratives about the archipelago and its history in the mid-XXth century, relatively late but very intensely due to the context in which the recovery of his historical figure took place. This article will historicize the incorporation of the figure of Rivero to the patriotic repertoire related to the Malvinas. It will analyze some memory vehicles that installed it (books, cantatas, commemorative initiatives) as well as its appropriation by some political forces in the mid-1960s, particularly on the occasion of the hijacking of a passenger plane and its landing in Malvinas. in 1966 (Operation Condor). The symbolic weight of Rivero sparked an important public debate around his figure based on a ruling by the National

¹ Historiador y escritor. Enseña Historia en el Colegio Nacional de Buenos Aires y es investigador independiente del CONICET. Es Licenciado en Historia (UNLu) y Doctor en Ciencias Sociales (IDES – UNGS). Fue becario Guggenheim en dos ocasiones. Recibió el premio “Eugenia Meyer” que otorga la ReLaHo al mejor trabajo de Historia Oral, y una Mención de Honor en el Premio Isay Klasse al Libro de Educación de la Fundación El Libro de edición 2018/19.

² Este texto sintetiza temas que he desarrollado de forma extensa en Lorenz (2022).

Academy of History, whose repercussions will be placed in the context of a historical review - politics of the past in the 1960s and 1970s. We will also analyze Finally, it will analyze the symbolic recovery during the presidencies of Cristina Fernández de Kirchner, to illuminate from a particular angle both the historical practice in general and the presence of the Malvinas in the historical debates on the recent past.

Keywords: Malvinas, Argentina, nationalism, historiography, public history.

Introducción

En enero de 1833 los británicos ocuparon por la fuerza las islas Malvinas. Tras la expulsión de las autoridades designadas por el gobierno de la provincia de Buenos Aires, quedaron en el archipiélago algunos de los pobladores que Luis Vernet, como comandante político y militar, había llevado unos años antes para que se asentaran y trabajaran allí. Muchos eran gauchos, otros eran aborígenes e inmigrantes europeos. Uno de ellos se llamaba Antonio Rivero, y según el censo que elaboraron los ocupantes ingleses, en 1833 tenía 26 años.

Luego del ataque, Onslow, el comandante británico, abandonó las islas sin dejar ninguna autoridad constituida. Solo le dejó a un residente (William Dickson) el encargo de izar la bandera inglesa los domingos. Tiempo antes, a finales de 1832, se había producido el asesinato del comandante interino que el gobierno de Buenos Aires había enviado luego de que un buque estadounidense arrasara las instalaciones de Puerto Luis, mientras que Vernet se hallaba en Buenos Aires. Así, el estado de la colonia era precario, con varios hechos de violencia y sangre recientes, y con un futuro incierto luego del ataque inglés. En este contexto, el 26 de agosto de 1833 se produjeron los incidentes protagonizados por el gaucho Antonio Rivero y sus compañeros, en los que cinco empleados de Luis Vernet que continuaban ejerciendo la representación de sus intereses, fueron asesinados.

Durante algunos meses, en Malvinas convivieron los gauchos de Rivero y un puñado de habitantes que había huido aterrados a un islote. Finalmente, una partida de

royal marines capturó a los gauchos con ayuda de otros pobladores y de algunos de los alzados, los engrilló y los envió a Inglaterra para ser juzgados.

Los hechos violentos protagonizados por Rivero y sus compañeros generan controversias desde hace un poco más de medio siglo. Algunos ven en ellos un gesto de defensa de la soberanía argentina, y otros una simple matanza producida por las difíciles condiciones de vida en las islas. La figura del gaucho Rivero concentra muchos elementos caros a la corriente histórica revisionista: un gaucho (encarnación de la argentinidad) nacido en Entre Ríos, queda fuera de la ley por enfrentar los abusos de las autoridades (los asesinados eran administradores y capataces de Vernet, y sabemos que había muchas quejas entre los peones por las obligaciones que se les imponían y porque no les canjeaban los vales que constituían su paga por metálico). Se trata de la figura del que resiste al invasor allí donde el gobierno porteño ha claudicado (los asesinados eran extranjeros, entre ellos había ingleses).

Los detenidos fueron enviados a Inglaterra a la espera de ser juzgados. Descartada la posibilidad de entregarlos en Buenos Aires (lo que hubiera significado reconocer la soberanía rioplatense sobre las islas recientemente usurpadas), los británicos optaron por embarcarlos rumbo a Montevideo y “facilitarles” la fuga. El rastro de los gauchos protagonistas de los incidentes de agosto de 1833 se pierde allí. Y comienza, también, la disputa por el sentido otorgado a esos episodios, unidos inseparablemente a la historia de la disputa por la soberanía de las islas y, también, a la disputa política interna argentina, en particular con posterioridad al derrocamiento de Juan Domingo Perón (1955).

La criollización de Malvinas

En 1956 el folklorista Martiniano Leguizamón Pondal publicó *Toponimia criolla en las Malvinas* (Leguizamón Pondal, 1956) un libro que iba a hacer dos aportes fundamentales

a la construcción de la causa malvinera³: la recuperación del pasado español y criollo previo a la ocupación británica, visible en los accidentes geográficos y en la terminología campera (fundamental para las discusiones que vendrían luego y para la reapropiación popular del tema) y la reivindicación de la figura del gaucho Antonio Rivero. Mi hipótesis es que la apropiación de la figura de Rivero en clave positiva no es azarosa: un año antes de la salida del libro de Leguizamón Pondal, un golpe militar había derrocado a Juan Domingo Perón, durante cuyas presidencias los sectores populares alcanzaron notables espacios de visibilidad simbólica y participación económica, mientras que desde el Estado se impulsó una importante campaña de concientización de los derechos argentinos sobre la Antártida y las Malvinas.⁴

El objetivo del libro de Leguizamón Pondal era explícitamente patriótico: encontrar “las huellas de la nacionalidad argentina” en Malvinas a partir de su toponimia y, en particular, establecer los nexos con la tradición gauchesca (lo que reforzaría ese parentesco). Así lo afirmó en el “Prólogo”:

No pretendemos haber realizado una labor exhaustiva halagándonos solamente poner en evidencia las profundas huellas de nuestra nacionalidad existentes en las islas Malvinas, señales que perduran cuando un pueblo con lazos de origen, idioma, religión y tradiciones formativas de la patria es sojuzgado por otro, aunque este sea poderoso (...) A través de cincuenta nombres criollos difundimos a manera de un astro que rutila y no se apaga, la argentinidad de las Malvinas no obstante haber sido usurpadas por la fuerza bruta (...) Deseamos hacer revivir escenas gauchescas como

³ Vicente Palermo (2007) distingue entre la causa nacional y la cuestión diplomática. Un trabajo pionero aunque incompleto para analizar la “ficción orientadora” de Malvinas es el de Rosana Guber (2001). De manera reciente, reviso y completo ese recorrido en Federico Lorenz (2022).

⁴ Para un panorama de la política antártica peronista ver Pablo Fontana, *La pugna antártica. El conflicto por el sexto continente 1939 – 1959*, Buenos Aires, Guazuvira, 2014.

si hubiesen estado ocultas por un velo: personajes y sucesos; leyendas y panoramas que tienen el dulce y mágico prestigio de las cosas que pasaron y que no tornan ni alteran la verdad (Leguizamón Pondal, 1956: 9).

El libro es un anecdotario muy atractivo a partir de los topónimos de origen castellano en las islas. La novedad es que para Leguizamón Pondal el gaucho es el protagonista principal de la historia del archipiélago: si las Malvinas son argentinas, es porque las habitaron los criollos antes del despojo inglés. Esa presencia criolla condiciona la aproximación al pasado. No se puede presentar una obra como *Toponimia...* rindiendo tributo a la “historia tiesa” con la que Leguizamón Pondal identifica la historia académica (y que es la que había realizado la “acumulación primitiva” de antecedentes favorables a la soberanía argentina). Admite la falta de fuentes históricas para sostener su mirada, pero en la redacción apela al sentimiento nacional y al sentimiento del propio autor:

Son acontecimientos de rudos pobladores con sus hábitos, dichos, modismos y giros e incluso con gracejo y humorismo, en cierto modo reñidos con la gravedad tiesa de la historia escrita al modo clásico en el que importa la frase aunque la documentación esté vacía de crítica, las generalizaciones filosóficas vagas y en los ojos un par de viejas, en vez de niñas (...) Confesamos que no hemos encontrado la misma riqueza de materiales para todos los capítulos, pero huelga decir que todos han sido trabajados con igual afán, amor y entusiasmo (Leguizamón Pondal, 1956: 10).

La base documental de Leguizamón Pondal es un trabajo de crítica a fuentes británicas que le había proporcionado Ricardo Caillet – Bois,⁵ miembro de la Academia Nacional de la Historia y especialista en la historia de las Malvinas. A partir de esos materiales,

⁵ Con mucha ironía (“picardía criolla”, podría decirse) el autor agradece a las fuentes británicas “quienes nos han brindado, sin advertirlo, informaciones de un valor inestimable para la urdimbre de este alegato, nuestro más profundo agradecimiento”.

Su “alma insular” era argentina:

Esa gente criolla de hace más de un siglo: colonos, marineros, militares, gauchos e indios formaron el alma insular con sus costumbres y sus medios de expresión generadores de esos preciosos topónimos similares a todos los demás argentinos, puesto que estaban fundidos con idénticos componentes, en el crisol americano y vaciados en el molde patrio. Los criollismos visibles en el paisaje, surgidos de una presencia, afirman el entronque de la nacionalidad; y destilan la perfección de nuestro título (Leguizamón Pondal: 1956:14).

Toponimia criolla fue el primer libro que reivindicó el levantamiento de Antonio Rivero ante el vacío de poder generado por la agresión británica de enero de 1833. Leguizamón Pondal se diferencia de los historiadores ingleses y de los “argentinos que han seguido a los primeros”:

Al estudiar la revolución del 26 de agosto llegamos a una completa originalidad, porque analizamos los hechos con otra visión que la de meros conflictos de apetitos, señalamos un total disentimiento en la interpretación de sus motivos y sus fines con los historiadores ingleses y con los argentinos que, en este suceso, han seguido a los primeros, sin pensar, quizás, que así no explicaban el sentido histórico de ese acontecimiento, discrepancia que no nos mueve a irreverencias ni siquiera a menguar nuestra alta estima hacia los maestros (Leguizamón Pondal: 1956:10).

Leguizamón Pondal marca su diferencia con la historia académica, que había trabajado arduamente, desde la obra fundacional de Paul Groussac de 1910, popularizada desde mediados de la década de 1930 gracias a la iniciativa del senador socialista Alfredo Palacios, en la acumulación del corpus documental que sostiene hasta nuestros días el reclamo argentino. A su juicio, los historiadores nacionales habían seguido la interpretación británica. Desde esta perspectiva, el conflicto por las islas con el Reino Unido comenzó a transformarse en una discusión de política interna, entre argentinos acerca de la interpretación del pasado, que se iba a desarrollar en el contexto de la

experiencia peronista y el golpe que había derrocado a Perón y cuyos sectores más duros buscaban, sencillamente, borrar dicha experiencia.

Leguizamón Pondal denuncia un vacío en las historias que se habían ocupado de Malvinas, que se llenaría recuperando las luchas contra el imperialismo y la tradición criolla:

Los historiógrafos argentinos (...) han estudiado la historia y conflictos malvineros sin preocuparse de la revolución del 26 de agosto, porque transcurrió después de que nos hubieran arrebatado las islas, a tal punto que algunos ni la citan, y los otros no le reconocen ninguna trascendencia (...) Por nuestra parte vemos al capitán Antonio Rivero, en esa suerte de gigantesco escenario que los cielos severizan y que las rocas dan aspecto épico, eternizado sobre su caballo que fue su alcázar, rostro al abuelo Atlántico, empapado en su poncho y arbolado por la aurora anticolonialista que ya rompe y centellea, voceando contra los estados imperialistas criados en siglos de guerras (Leguizamón Pondal: 1956:119).

Para el autor de *Toponimia criolla* Antonio Rivero es el “último revolucionario argentino” (Leguizamón Pondal: 1956:47). Las páginas en las que describe la agresión británica y la reacción de los gauchos son muy entretenidas y emotivas, pero tienen una gran cantidad de licencias poéticas, con resonancias en la iconografía y la literatura gauchesca. Leguizamón Pondal asigna a Rivero algunas de las características que arquetípicamente porta el personaje campero: la defensa del honor, la valentía, mientras que ser hombre de campo lo hace ser parte de la tierra. Y entonces, si la toponimia castellana refuerza la soberanía, es lógico que sea el mismo suelo malvinense, dotado de vida propia, el que quiera echar al agresor:

Frente a la comandancia, se estiraba ufano el paño a tres franjas: la una blanca y las otras dos celestes, cuando su pureza fue rozada por las manos de un oficial y un marinero herejes. Con no poco espanto el sol naciente de la libertad se ocultó en las bandas celestes. Al punto la tropa de usurpadores se embarcó para su barco, quedaban en tierra su comandante y dos o tres oficiales, varios soldados y la extraña

bandera que el viento malvinero furioso quería arrancar (Leguizamón Pondal: 1956: 38-39).

El gaucho reaccionará desde su escala de valores, anclados en el trabajo de campo, frente a la traición del amigo (al que lo mueven valores mercantiles):

Solo bastó el espacio de un cuarto de hora para consumarse el más irritante despojo, la usurpación más odiosa, la afrenta más injusta, cuya herida al tiempo no le fue posible ni le fuera cicatrizar, haciéndose cada vez más viva y lacerante, tanto cuanto el agravio fue imprevisto, por tratarse de Gran Bretaña, nuestra amiga de la primera hora (Leguizamón Pondal: 1956:48).

Si hasta la tierra se sentía despojada por la agresión británica, ¿qué decir de los hombres?

La redacción de Pondal esencializa tanto el espacio como a los actores históricos, transformando la usurpación en un problema de índole espiritual:

Quedaban las islas en manos extranjeras: el irlandés Dickson enarbolando la Union Jack; el escocés Brisbane de mayordomo; y el francés Simón de capataz lo que exacerbaba a los argentinos, irritados ya porque el almacenero Dickson no quería aceptar los vales de Vernet alegando que eran papeles sin valor (...) Brisbane y Simón, a su vez, pretendían que se trabajase con ardor renovado, ya que se estaba bajo el dominio de Gran Bretaña. Es que eran europeos, tenían espíritu de encomenderos, no tenían corazón de argentinos ni alma americana (Leguizamón Pondal: 1956:49).

Los “titanes” liderados por Rivero comienzan su conspiración para echar a los agresores, mientras “los dos bandos, Europa y América, se fueron demarcando con mayor precisión” (Leguizamón Pondal: 1956:50). Agregamos, se trata de Europa y *sus agentes locales*, porque “Buenos Aires no oyó el llamado de Rivero, el galope de sus potros, el crepitar de su fogón, el escalofrío de la idea anticolonialista”(Leguizamón Pondal:1956:50). Mientras se consumaba la agresión, Rivero y sus compañeros mataron a los representantes de Vernet: “los gauchos llevados casi al frenesí, con una furia patriótica, sacaron la enseña inglesa y, delirantes, enarbolaron la de Belgrano y, seguramente,

alborozados, sacaron más de un corcho renaciendo las esperanzas de comunicarse con el gobierno porteño” (Leguizamón Pondal: 1956:51). No es posible saber si efectivamente tomaron algo -es probable- pero el haber “sacado más de un corcho” agrega una nota de color que vuelve verosímil y entrañable el relato, un guiño de complicidad en tiempos de proscripción de las mayorías peronistas.

La descripción de la Navidad y las vísperas de la detención de Rivero mantienen ese tono:

Los criollos siguen dominando la población y toda la Malvina oriental, y la enseña azul y blanca extiende sus franjas en la Casa de la comandancia renaciendo la esperanza de comunicarse con los patriotas porteños. A caballo de nuevo recorrieron los puertos más frecuentados, y así llegó el 26 de diciembre entrando al quinto mes de su posesión tranquila de la isla Soledad. Hubo antes pasteles y tortas fritas, carne con cuero, guitarras y cantos, y por qué no decirlo, se hicieron cantar unas botellas de ginebra, se contaron cuentos, leyendas, y se dijeron adivinanzas (Leguizamón Pondal: 1956:56).

En esa ocasión, Rivero también fue cantor, como lo había sido Martín Fierro: “templó bien su guitarra y anunció una canción que había oído muchas veces en la campaña argentina hasta aprenderla de memoria, y moduló el Himno Nacional. Y la canción patria traída tan a punto, evocó recuerdos del pago... Alguien se puso de pie, y un... ¡Viva la Patria! Llenó la casa de la Comandancia” (Leguizamón Pondal: 1956:67).

Es notable el peso simbólico de la obra de Leguizamón Pondal en las representaciones sobre el pasado de Malvinas: el folklorista recuperó la figura de un gaucho no solo para apuntalar, sino para extender el repertorio simbólico malvinero. Asimismo, es imposible soslayarlo del contexto en el que se editó su libro: enraizaba con una tradición popular en el marco del de la proscripción del peronismo. La mirada de Pondal se consolidó, desde el punto de vista bibliográfico, con la propuesta de otro hito para el comienzo de la conformación del *corpus* de obras que reivindicaban la argentinidad de Malvinas. Ya no sería la obra “liberal” de Paul Groussac la fundacional,

sino una serie de artículos de José Hernández, que desde mediados del siglo XX comenzaron a ser citados con regularidad, tras su primera publicación en el formato de libro por la editorial Raigal (la misma que había editado a Pondal) en 1952.⁶

Los artículos de José Hernández son de noviembre de 1869 y aparecieron en su periódico *El Río de la Plata*, durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento. Allí publicó las cartas de su amigo el marino Augusto Lasserre, que había visitado las Malvinas, y sus propias opiniones sobre el asunto:

Los argentinos, especialmente, no han podido olvidar que se trata de una parte muy importante del territorio nacional, usurpada a merced de circunstancias desfavorables, en una época indecisa, en que la nacionalidad luchaba aún con los escollos opuestos a su definitiva organización.

Se concibe y se explica fácilmente ese sentimiento profundo y celoso de los pueblos por la integridad de su territorio, y que la usurpación de un solo palmo de tierra inquiete su existencia futura, como si se nos arrebatara un pedazo de nuestra carne.

La usurpación no es sólo el quebrantamiento de un derecho civil y político; es también la conculcación de una ley natural.

Los pueblos necesitan del territorio con que han nacido a la vida política, como se necesita del aire para la libre expansión de nuestros pulmones. Absorberle un pedazo de su territorio, es arrebatarle un derecho, y esa injusticia envuelve un doble atentado, porque no sólo es el despojo de una propiedad, sino que es también la amenaza de una nueva usurpación (Hernández, 2006: 25-26).

Lasserre decía en su carta a Hernández que las Malvinas “permanecen (...) poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños” (Hernández, 2006: 25) . El autor del *Martín Fierro* acotaba acerca de lo dañino de la “negligencia de nuestros gobiernos, que

⁶ Si bien en las reconstrucciones actuales sobre la construcción de la causa Malvinera se sitúa a Hernández antes de Groussac, lo cierto es que desde el punto de vista editorial los artículos del autor del *Martín Fierro* no alcanzaron cierta divulgación hasta mediados del siglo XX. Un ejemplo más de la construcción del relato épico sobre la historia criolla de Malvinas.

han ido dejando pasar el tiempo sin acordarse de ese reclamo pendiente” (Hernández, 2006: 27). Con la criollización del tema Malvinas, se reforzaba, a mediados del siglo XX, la presencia popular de la causa nacional, pero en el mismo movimiento se abría la confrontación interna acerca de la historia en la que esta debía ser inscripta.

El símbolo

La aparición de la figura de Rivero y la perspectiva criollista y popular como clave interpretativa se apoyó en la más amplia disputa historiográfica asociada al revisionismo. No es el objetivo aquí ni describir esa corriente ni saldar la interpretación de los hechos que tuvieron por protagonistas a Rivero y a sus compañeros. Sí, en cambio, proponer la idea de que la disputa interna alrededor de las interpretaciones del pasado nacional abrió una brecha en la unanimidad del reclamo por las islas. Porque si bien es cierto que tanto la historiografía liberal como la revisionista sostenían que las Malvinas son un archipiélago argentino usurpado, no lo es menos que al diferenciarse en cuanto a las lecturas históricas sobre el período, la certeza acerca de la justicia del reclamo argentino se tiñó de las divisiones que a partir de la década de 1950 se ahondaron en el país.

Esto hizo crisis en 1966, cuando se le pidió a la Academia Nacional de la Historia que se expidiera acerca de la pertinencia o no de elevar un monumento al gaucho Rivero a partir de calificar los hechos de sangre de agosto de 1833 como un acto de resistencia a la ocupación británica.

La Academia Nacional de la Historia se expidió en un dictamen que firmaron Ricardo Caillet – Bois y Humberto Burzio:

Los antecedentes documentales hasta ahora conocidos no son nada favorables para otorgar a Rivero títulos que justifiquen el homenaje que se proyecta, con más buena fe y entusiasmo patriótico que verdad histórica. Es deber y responsabilidad de la Academia nacional de la historia, como institución asesora del poder Ejecutivo, comprobar fehacientemente el hecho y si el mismo reviste carácter de verdad histórica indubitable de la defensa de la heredad patria.

Conviene, por último, subrayar que en ningún momento, ni Rivero ni ninguno de sus compañeros declaran que el acto cometido por ellos había tenido por finalidad rebelarse contra la dominación británica.

Si no se aportan pruebas de que el levantamiento obedeció al noble propósito patriótico de expulsar a los usurpadores de la soberanía nacional, no corresponde el homenaje proyectado (Tesler, 1971:52).

Las reacciones críticas a este dictamen fueron inmediatas y abrieron una brecha entre los investigadores especializados en el tema Malvinas. De hecho, llevaron al fracaso la creación de un Instituto para concentrar la información histórica y las iniciativas culturales sobre Malvinas:

Una de las primeras disposiciones tomadas por el gobierno del doctor Illia al comenzar el año 1966 fue crear el Instituto y Museo Nacional de las islas Malvinas y Adyacencias, presidido por el doctor Ernesto J. Fitte. Esa institución, en sus primeros pasos, aprobó la Marcha de las Malvinas (...) y el escudo de las islas. Una disidencia surgida en el seno de la institución malogró sus comienzos. El motivo fue la calificación de los sucesos protagonizados por Rivero y los suyos en agosto de 1833 episodio sobre el que la Academia Nacional de la Historia, a pedido del gobierno nacional, se pronunció aquel año (...) La polémica provocó la renuncia del doctor Fitte, en disidencia con los “riveristas”, y el 14 de febrero de 1967 el Instituto fue disuelto por el gobierno de la “Revolución Argentina” (Gambini, 1982, Tomo I: 411).

La confrontación no lo era solo en cuanto a la interpretación del acontecimiento, sino –y sobre todo- ideológica, y desde ese lugar llegaron las impugnaciones más duras al dictamen, que son las que permiten ver la apropiación por parte de la historiografía revisionista del tema Malvinas con el especial eje de la figura del gaucho. El mejor y más documentado ejemplo de este movimiento lo constituye el trabajo de Mario Tesler, que impugnó con minuciosidad la opinión negativa de la Academia Nacional de la Historia. El título de su libro es todo un manifiesto: *El gaucho Antonio Rivero. La mentira en la historiografía académica* (Tesler, 1971). Así, la obra no solo discutiría el dictamen sobre

Rivero sino, más ampliamente, el paradigma historiográfico de la Nueva Escuela Histórica, en línea con el más amplio proceso de radicalización política y cultural de los años sesenta. Según la contratapa del libro, Tesler “pertenece a la novísima generación de historiadores que han asumido la tarea de revisar el pasado argentino a partir del país y desde el ser nacional”. Y el libro, advertía el propio autor, había sido escrito “con pasión argentina pero sin ningún preconcepto” (Tesler, 1971:13). Sin embargo, queda claro que la vara para medir las lecturas sobre los sucesos de agosto de 1833 pasaba por el grado de argentinidad de los investigadores, por un lado, y puntualmente, por adoptar o no la postura argentina (en este caso, el revisionismo).

Tesler traza primero una genealogía de las obras que se habían ocupado de la historia de Malvinas. Paul Groussac (1936), Mario Migone (1948), Ricardo Caillet – Bois (1948) y Martiniano Leguizamón Pondal (1948). Lo hace para destacar que con la excepción de este último, “Rivero permaneció ignorado en los estudios referentes a las islas Malvinas hasta el pronunciamiento de la ANH (19-4-1966)”:

Rara vez encontramos algún examen sobre la historia intrínseca. Abunda material sobre nuestra soberanía en el archipiélago y se desconoce una defensa de los aguerridos peones (gauchos e indios) que padecieron miseria. Se publicaron magníficos alegatos sobre nuestros derechos y se prescindió de una historia sobre el valor humano en las pauperizadas tierras malvinenses (Tesler, 1971:14).

Para Tesler “no cabe duda de la lógica reacción de elementos populares frente al comportamiento de la ANH”.(Tesler, 1971:14) Habían ignorado la presencia popular en Malvinas. Pero dado que muchas de las críticas habían sido descalificaciones *ad hominem* contra los firmantes del dictamen, defiende a Caillet Bois, uno de ellos, aunque señala una falla fundamental en su análisis: “podemos afirmar –sin pecar de injustos- que es el responsable, pues manejó informaciones inglesas sin darle *la interpretación lógica, como argentino*. Caillet Bois, basado en documentos británicos, reprueba históricamente a un

grupo de gauchos e indios analfabetos cuya resistencia –a la dominación británica- fue el primer grito de protesta argentino desde las islas” (Tesler, 1971:20). La impugnación a la lectura de los eruditos es porque no hicieron lo que deberían haber hecho: *leer las fuentes inglesas, con ojos nacionales*. Tal observación surgía de un autor que se auto definía como investigador “con pasión argentina” pero sin prejuicios.

Como contrapartida a Caillet - Bois, que a pesar de su formación no había hecho lo que se esperaba de él, “Leguizamón Pondal no es historiador y el mérito de su labor se multiplica al haber interpretado la documentación con sentido argentino” (Tesler, 1971:21). Ese *sentido correcto* le había permitido rescatar la figura de Rivero, “al descubrir que un comprovinciano (...) mantuvo enhiesto el honor nacional” (Tesler, 1971:21). A pesar de que el trabajo de Leguizamón Pondal era “limitado (...) en la interpretación social del gaucho” (Tesler, 1971:22), lo importante es que la obra “constituía el germen de un germen de un movimiento popular que alzaría (10 años después) el nombre de Antonio Rivero como símbolo de resistencia a la usurpación británica”, escribe Tesler.

La palabra en acción

Era una referencia directa al Operativo Cóndor, el secuestro y desvío de un avión con rumbo a Malvinas por parte de militantes nacionalistas, que al aterrizar bautizaron a Port Stanley como Puerto Rivero. El 28 de septiembre de 1966, un comando de 18 militantes nacionalistas secuestró un avión de Aerolíneas Argentinas que hacía su recorrido entre Buenos Aires y Ushuaia, y lo desvió a las Islas Malvinas. Fue el primer secuestro aéreo de la historia. Como aún no había aeródromo, tuvieron que aterrizar en el hipódromo. Desde hacía tres meses, gobernaba en la Argentina una dictadura militar, encabezada por Juan Carlos Onganía. El peronismo, la principal fuerza política popular, estaba proscripto.

En ese contexto, este grupo nacionalista planificó un operativo singular, al que bautizó “Cóndor”: el secuestro de un avión y su aterrizaje en Malvinas. Pensaban realizarlo el 20 de noviembre, “Día de la Soberanía” y aniversario del combate de la Vuelta de Obligado, pero decidieron adelantar la fecha para hacer coincidir su acción con la llegada a Buenos Aires del duque británico Felipe de Edimburgo. El líder del grupo era Dardo Cabo, de 25 años, un militante de la resistencia peronista hijo de Armando, un dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). La única mujer del grupo era Cristina Verrier, que era su pareja. Cabo invitó a participar al director del diario *Crónica*, Héctor Ricardo García a quien convocó a acompañarlo garantizándole una importante primicia, ya que el objetivo era el de darle visibilidad tanto a la causa de Malvinas como al golpe contra la legitimidad de la dictadura militar..

Por la mañana del 28, los isleños asombrados vieron un cuatrimotor que se acercaba buscando pista para aterrizar, y se acercaron, sea por curiosidad, sea para prestarle ayuda. Del avión detenido saltaron los militantes armados, que les entregaron una proclama en inglés y los tomaron como rehenes. Los jóvenes plantaron siete banderas argentinas y rebautizaron a la ciudad como "Puerto Rivero", en honor al gaucho mítico.

La instalación de Rivero como figura popular y símbolo nacionalista es un fenómeno que merece mayor atención que la de este texto, tanto como la circulación capilar por los que centros culturales, círculos de fomento, sindicatos y otras asociaciones vinculadas a la resistencia peronista (pero no exclusivamente) fueron apropiándose de su figura. Tesler menciona que en 1965 hubo un ciclo de conferencias del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” que incluyó el tema de Rivero mientras que desarrolla con minuciosidad la lista de conferencistas y centros en los que

se le dio visibilidad a su figura (Tesler, 1971:27).⁷ Más aún, destaca que en septiembre de 1964, el representante argentino ante la ONU, José María Ruda, en su alegato para que se aplique la resolución 1514 (XV) aludiera con tono positivo al episodio: “No se hizo esperar la reacción de los argentinos (después del atropello inglés de 1833). La población de Buenos Aires demostró su indignación ante el hecho, y en las islas, el resto de los pobladores que resistían al invasor, fueron enviados a Londres para ser juzgados bajo distintos pretextos” (Tesler, 1971:30).

Para Tesler la importancia de Rivero radicaba no solo en el acto patriótico que había rescatado Leguizamón Pondal, o que encarnaba –quizás como Martín Fierro- la argentinidad sino que también era un símbolo del particular momento en el que se encontraba la nación:

Con sus cualidades y sus defectos, sus asperezas y sus ternuras, sus triunfos y sus derrotas, la Argentina está en Rivero y es Rivero, en función de protagonista supremo del drama de nuestras vidas, en lucha contra la potencia y los imperios, voluntad vibrante de justicia (...) por donde vamos nosotros y anduvo Antonio Rivero” (Tesler, 1971:37).

El alter ego de Rivero, según Tesler, fue Luis Vernet, responsable del emprendimiento comercial y designado comandante político y militar de las islas por el gobierno de la provincia de Buenos Aires (este nombramiento era uno de los más claros títulos argentinos). La crítica apuntaba a que los valores que habían llevado a Vernet a las islas no eran nacionales:

El hamburgués que llegó a estas tierras para lucrar, estrechamente vinculado con la red comercial de Hamburgo, a quien se le otorgan concesiones sin haber “tenido ocasión de contraer mérito alguno para con el gobierno”, como él mismo lo reconoció, que manifestó a los ingleses su complacencia ante una posible usurpación, que expresó a Woodbine Parish la “aversión” con que aceptó su cargo, que aplicó

⁷ Una enumeración exhaustiva de las actividades en Tesler, op. cit, página 28 y ss.

arbitrariamente las disposiciones sobre caza y pesca en el archipiélago al punto que “ningún barco británico o tripulación británica encontró obstáculos en las actividades de cualquier género que pudieran haber llevado a cabo en las islas Malvinas”, que aconsejaba a los gauchos “guardar la mejor amistad con los ingleses” (...) y que a Parish le confiesa su intención de reemplazarlos por empleados ingleses, nunca llegó a comprender el valor de la palabra *Patria*. Le era imposible admitir a simples gauchos (peones de su establecimiento), miserablemente tratados y explotados en todo el país, sintiendo repugnancia hacia aquellos que prestaban su concurso a los representantes de la potencia usurpadora, ignorando la sangre gaucha derramada en las luchas de la Independencia (Tesler, 1971:325-327).

Tesler establece un contrapunto entre el comerciante alemán, paradigma del sector mercantil unitario movido por intereses económicos, y los gauchos, movidos por sentimientos nacionales. Para Vernet “la patria carecía de valor. No criticamos ya su forma de proceder para con nuestro país, sino la indiferencia puesta de manifiesto cuando se trata de declarar su nacionalidad”, ya que no se presentaba como argentino al reclamar ante las autoridades británicas (Tesler, 1971:325-327).

Por el contrario, “los gauchos no tendrían, sin duda, una concepción precisa y clara del significado actualmente asignable al vocablo *Patria*. Tampoco la tuvo Esteban Echeverría, el “albacea del pensamiento de Mayo”, cuando afirmó: “la Patria no es la tierra donde se ha nacido”. Pero nos inclinamos a pensar que los gauchos la sentían en forma primigenia y los otros no” (Tesler, 1971: 325-328).

¿Qué significa “sentir la patria en forma primigenia” sino esencializarla, biologizarla, y de allí, la irreparable ausencia de uno de sus fragmentos, las islas? Los gauchos eran tan esenciales como la tierra misma. De allí que se podía tender un puente entre las luchas del pasado y las del presente distinto al de la historiografía liberal (visible en la crítica a Esteban Echeverría). Los hechos de sangre de Malvinas debían interpretarse a esa luz: “La violencia gaucha, desatada contra aquellos no es sino la respuesta a la

violencia institucionalizada por los usurpadores y sus representantes, entre las que se encuentra la explotación económica” (Tesler, 1971:328-329).

La defensa de los integrantes de la Academia Nacional de la Historia, en un contexto recalentado con el de finales de la década de 1960 y comienzos de 1970, enfatizaba que la lectura de Leguizamón Pondal se basaba en las mismas fuentes que ellos, fuentes británicas:

Los críticos que manearon –y abusaron- de este argumento, han ignorado al parecer que quien sacó a relucir la novedosa teoría enderezada a corregir el alcance del 26 de agosto, sosteniendo que lo ocurrido en esa fecha revistió sentido político, lo hizo utilizando justamente la misma documentación británica (...) con exclusión de toda otra de procedencia nacional, la cual fue puesta gentilmente a su disposición por el profesor Caillet-Bois, director del Instituto de Investigaciones Históricas. Nos referimos al distinguido ensayista Martiniano Leguizamón Pondal, quien imbuido por un ponderable y generoso afán argentino, en un capítulo de su trabajo *Toponimia de las Islas Malvinas*, editado en 1956, se ha preocupado por interpretar a su manera, las manifestaciones de los testigos y los relatos circunstanciales de los terceros (...) poniendo para ello a contribución una tremenda fuerza imaginativa que le permitió elaborar atrevidas conjeturas, reñidas a nuestro entender con la letra y texto de las copias inglesas de que echó mano de forma exclusiva. Sus aventuradas deducciones, que no cuentan con aval ninguno de procedencia argentina, cuyas fuentes no consultó para nada, tienen pues un origen genuinamente extranjero (ANH, 1982:21).

Continuidades

El mito riverista se sostuvo en el tiempo. Leemos un opúsculo de 1982, aparecido durante la guerra de Malvinas, en el que se cuestiona que se haya rechazado la decisión del diario *Crónica* de rebautizar Port Stanley .una vez más- como Puerto Rivero:

Parecería que la versión liberal de la historia, acorde con la mentalidad semi-colonial, sigue teniendo vigencia. Sigue siendo “historia oficial”, enquistada en la

Argentina actual, a pesar de corresponder a una visión del país propia del siglo pasado. Prueba de ello es lo ocurrido en el caso que nos ocupa. Se da el nombre de puerto Rivero a la capital del territorio reconquistado, a iniciativa de un hombre de nuestras Fuerzas Armadas –el general Mario Benjamín Menéndez- en consonancia con la visión histórica de las mismas, más fiel a la realidad nacional. Sin embargo, poco después, no tarda en imponerse la tesis liberal, que siempre ha negado a Rivero los méritos suficientes como para merecer honores (Hernández y Chitarroni, 1982: 3-4).

Más aún, la relectura en clave resistente de la acción de Rivero y sus compañeros, idealizada con elementos del repertorio patriótico, preparaba el terreno, simbólicamente por lo menos, para el desembarco de 1982, en un contexto en el que la violencia era uno de los instrumentos de la polemología política. Veamos este fragmento de la “Cantata al héroe gaucho de las Malvinas” compuesta por Ismael Moya, presidente de la Comisión pro Monumento a Antonio Rivero, héroe gaucho de las Malvinas, *según una tradición que recoge este romance cantable, de acento patriótico*. La tradición, claro está, es la versión de Pondal, que había comenzado a multiplicarse desde mediados de la década de 1950:

¿Viviremos como extraños/
Y en servidumbre que humilla/
Aquí en esta tierra
nuestra/
Sin gestos de rebeldía? (...) Y con brioso tirón/
Rivero aflojó la driza/
Y la bandera cayó/
Como un gran flor marchita/
Corrió después a su rancho/
Y al volver,
feliz traía/
Nuestro pendón, que él guardaba/
Lo mismo que una reliquia/
Los gauchos se descubrieron/
Y con reverencia mística/
Rivero lo enarboló/
¡y se hizo más claro el día!
Proclamó luego a sus hombres/
Que conmovidos lo oían/
-En el nombre de la Patria/
declaro que las Malvinas/
libres son, y nuestra sangre/
a ellas será ofrecida (Muñoz Azpiri, Tomo 3, 1966: 361).

El texto poético recoge la versión de Pondal y coloca la acción de Rivero en la lógica del culto patriótico, al que los gauchos ofrecen su sangre. Tiempo después, encontramos otro ejemplo en un artículo del historiador revisionista Fermín Chávez publicado durante la

guerra de 1982. Allí, según el autor, el gaucho resistente habría muerto en el combate de la Vuelta de Obligado como tropa del Regimiento de Infantería Patricios según evidenciarían unos documentos con las listas de los caídos en esa batalla. El mito cerraría de manera perfecta: un regimiento surgido al calor de las Invasiones inglesas, asociado a las guerras de Independencia y a la figura de Manuel Belgrano, creador de la bandera nacional, que Rivero había desagraviado en Malvinas, para cerrar su ciclo heroico enfrentando una vez más a los británicos en el día de soberanía nacional:

Alguien puede plantear la hipótesis de que el Rivero del documento 10744 es un homónimo, con toda razón. En este caso solamente cabe responder con aquella sentencia, tantas veces escuchada en mi tiempo de estudiante de Derecho canónico. “In dubio melior est conditio possidentis”. En caso de duda, está en condición favorable el que la tiene. Antonio Rivero existe y esto es lo que importa. El atropelló y acuchilló a los representantes del poder invasor, en la mañana fría del 26 de agosto, al frente de una partida de criollos orientales, entrerrianos y chilenos (Chávez, 11-12, 1982).

Este tipo de reapropiaciones llegan hasta nuestros días. Jorge Giles, primer director del Museo Malvinas e islas del Atlántico Sur, publicó en un aniversario del alzamiento en las islas, el 26 de agosto de 2012, un texto en el que enlazaba a los gauchos resistentes de Malvinas con el kirchnerismo, desde su perspectiva la nueva encarnación de las fuerzas populares:

La Argentina es la suma y la síntesis de heroicas puebladas que fueron y son constitutivas de nuestra identidad y de nuestro destino colectivo en distintos momentos de la historia (...) El 26 de agosto de 1833 Antonio *El Gaucho* Rivero comandó una revolución en las Islas Malvinas al frente de criollos y charrúas que lo acompañaban. Derrotadas las fuerzas nacionales por ausencia de sus jefes civiles y militares, Rivero se alzó, solita su alma, a arriar la bandera inglesa e izar la argentina (...) Ocultado durante más de un siglo, la Presidenta terminó de rescatarlo este viernes junto a la memoria de Dardo Cabo y el homenaje a María Cristina Verrier y los militantes que protagonizaron en 1966 la Operación Cóndor, enarbolando en Malvinas la banderas que izará hace 179 años Antonio Florencio Rivero. Esa bandera

la creó Manuel Belgrano, otro padre de la patria (...) Vale recordar que Belgrano llamaba “desnaturalizados” a los ricos hacendados y comerciantes, o sea con la oligarquía local que negociaba sin pudor con los godos y avanzaba a degüello. (...) ¿O sea que esto de tener a los enemigos viviendo en el mismo barrio, hablando en el mismo idioma, vistiendo chaqueta semejante, no es de ahora solamente?

Por lo que se ve, desnaturalizados y desanimados hubo siempre. Pena por ellos, porque criollos también hubo y habrá, siempre. Los bandos están definidos desde el nacimiento de la patria (...) Al centro y a la izquierda del escenario están Cristina, los pibes militantes, YPF y un pueblo construyendo como puede y debe su destino soberano. Pero hay una actor imbatible que pone muy nerviosos y crispados a los opositores: la memoria popular. Por ella entra el Eternauta a las escuelas y el gaucho Rivero vuelve a izar la bandera, allá en Malvinas. (Giles, 2012, S/N)

El texto permite seguir el hilo que uniría a los gauchos de 1833 con el kirchnerismo en el poder. Los ricos hacendados y comerciantes desnaturalizados a los que alude el autor recuerdan al Vernet de Tesler, a quien solo movían intereses económicos. En el contexto de enfrentamiento retórico y político de 2012, Néstor Kirchner, el Eternauta (otra apropiación) y el gaucho resistente están donde tiene que estar: en la memoria popular. La misma que Leguizamón Pondal había alimentado al recuperar –y narrar- la historia del gaucho.

Hernán Brienza, otro autor que abreva en la izquierda nacional reconstruyó en clave ficcional la biografía de Rivero y explica la vigencia del personaje:

Aquietado el músculo asesino, Rivero reunió a los suyos en la plaza de Soledad y replegó la bandera enemiga. No lo dicen las letras frías del expediente ni de la historia, pero la tradición oral asegura que se improvisó allí una bandera azul y blanca que fue, quizás, el pabellón más digno que flameó en esas tierras lejanas.

¿Mató Rivero por amor a la Patria? ¿Fue un héroe o un simple delincuente? ¿O acaso en estas tierras, debido a la crueldad de la dominación, la justicia sea negra y barbárica? Nos gusta creer que sí, que Rivero fue un patriota, sucio y brutal, es cierto, pero un valiente de los nuestros (...)

Culpa de los caprichos de la memoria colectiva, la vida de Rivero se ha perdido por completo. Nada se sabe de los caminos que recorrió hasta el día de su muerte Nadie

conoce qué fue de su mano diestra para matar, de su habilidad para matar animales cimarrones, no de su bravura (...) Cierta, en cambio, es la fecha y la circunstancia de su muerte (Brienza, 2011: 25-27).

Por supuesto que se refiere al, 20 de noviembre de 1845, y el combate de la Vuelta de Obligado. Es que así, la figura de Rivero alcanza en forma plena su eficacia simbólica: resistente en las Malvinas allí donde los liberales habían defecionado, este hijo de la tierra había dado su vida en una batalla en la que otra figura del nacionalismo, Juan Manuel de Rosas, había decidido enfrentar al sempiterno enemigo colonial. Como señala Tesler, el gaucho podía no saber lo que la patria era en abstracto, pero sí la sentía, y encarnaba con su vida ese compromiso. Como contrapartida, la figura de Luis Vernet, autoridad política designada por Buenos Aires en las islas, se ve disminuida ya que lo mueven, antes que nada y al igual que a los británicos, los intereses comerciales. No deja de ser un flaco favor esta caracterización a uno de los argumentos más serios que tiene la Argentina para la reivindicación de su soberanía sobre las islas. Pero es una consecuencia de la forma en la que la causa nacional de las Malvinas, que une a la nación en el reclamo, está permeada y fue reapropiada por políticas y discursos sectoriales. En definitiva, esto permite tanto analizar desde otra perspectiva las luchas políticas argentinas y su repertorio simbólico, como constatar los límites del discurso nacionalista unanimista. Las islas pueden ser argentinas, pero hay personajes –y autores- que son más argentinos que otros.

¿Colofón?

En 2012, en ocasión del aniversario del 2 de abril (Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas), la presidenta Cristina Fernández de Kirchner apeló a un puñado de símbolos que de alguna manera iban a marcar el rumbo de los años que seguirían. Agradeció el obsequio de las banderas desplegadas por los militantes de la Resistencia

Peronista del grupo Cóndor en Malvinas, en 1966, anunció la futura construcción del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur en la ex ESMA (sería inaugurado en 2014) y presentó el billete de 50 pesos con las islas como tema.

El billete tiene en el frente la silueta de las dos islas mayores del archipiélago. Al dorso, encontramos una síntesis histórica por lo menos compleja. A la imagen del Crucero *ARA Belgrano* (hundido por los británicos durante la guerra), con el cementerio de guerra Darwin, se le agrega, montado en un caballo rampante, el Gaucho Rivero con el poncho al viento. La imagen estableció un linaje entre este personaje histórico, al que el revisionismo presenta como resistente a los ingleses en 1833 y los soldados argentinos muertos en la guerra de 1982. El hilo invisible que une a Rivero con los soldados es, por supuesto, la “causa Malvinas”. La causa amalgama a los soldados caídos en una guerra ordenada por una dictadura con la figura controversial de Rivero y el mapa de las islas irredentas.

Según el folleto de la Casa de Moneda: “el Escudo Nacional recuerda nuestro derecho soberano sobre los territorios reclamados (...) A ambos lados del billete está la imagen del faro, guía y fuente de iluminación, que marca el camino hacia la recuperación pacífica de las islas. La paleta de colores elegida, en tonos azules y celestes, evoca los del pabellón nacional que flameando en cada rincón del país añora volver a hacerlo sobre nuestra querida perla austral”.⁸ En la síntesis de presentación del billete, todas las aristas conflictivas relativas a la guerra de Malvinas quedan subordinadas al fin supremo de la recuperación de las islas.

⁸ <http://www.casademonedas.gob.ar/malvinas/nuevo-billete-de-50-pesos-islas-malvinas-un-amor-soberano-simbologia.html>

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Academia Nacional de la Historia (1982), “Comunicación histórica”, agosto de 1972, en Buenos Aires: *Papirus*, Año VII N° 22.
- Brienza, Hernán (2011). *Valientes. Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Marea.
- Casa de Moneda (2012): *Nuevo billete de \$50. “Islas Malvinas. Un amor soberano”*. <http://www.casademoneda.gob.ar/malvinas/nuevo-billete-de-50-pesos-islas-malvinas-un-amor-soberano-simbologia.html>
- Chávez, Fermín (1982). “Antonio Rivero, sargento de patricios”. Buenos Aires: *Clarín*, 8 de abril de 1982.
- Fontana, Pablo (2014). *La pugna antártica. El conflicto por el sexto continente 1939 – 1959*. Buenos Aires: Guazuvira.
- Gambini, Hugo (director) (1982). *Crónica documental de las Malvinas*. Buenos Aires: Redacción, Tomo I.
- Giles, Jorge (2012) “El Gaucho Rivero: un Eternauta en las Malvinas”. Buenos Aires: *Miradas al Sur*, 26 de agosto de 2012.
- Guber, Rosana (2001). *Por qué Malvinas. De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires: FCE.
- Hernández, José (2006). *Las Islas Malvinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Hernández, Pablo y Chitarroni, Horacio (1982). *El gaucho Rivero, Héroe de las Malvinas*. Buenos Aires: Ediciones Flor de Ceibo.
- Leguizamón Pondal, Martiniano (1956). *Toponimia criolla en las Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Raigal.
- Lorenz, Federico (2022). *Malvinas. Historia, conflictos, perspectivas*, Buenos Aires: Sb Editorial.
- Muñoz Azpiri, José Luis (1966). *Historia completa de las Malvinas*, Buenos Aires: Editorial Oriente, 1966. Tres tomos.
- Palermo, Vicente (2007). *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Tesler, Mario (1971). *El gaucho Antonio Rivero. La mentira en la historiografía académica*. Buenos Aires: Peña Lillo.